

Entrevista a José Luis Pardo Pilar Nieto Degregori



José Luis Pardo, 2003,
Catedrático de Filosofía
Universidad Complutense.

1. ¿Le parece adecuada una definición de la salud como la capacidad de disponer en cada momento de los mínimos necesarios –en el ámbito de lo físico, lo psíquico y lo social– para poder estar a otra cosa, es decir, para dedicarse a la vida, a vivirla sin grandes trabas que la impidan o dificulten de forma importante?

Me parece muy adecuada, frente a las definiciones de máximos que maneja la OMS (claro que, como ya nos hemos enterado de lo bien que se lleva con las grandes empresas farmacéuticas, hay que reconocer que hay que tomar muchísimos medicamentos para estar en “completo bienestar físico y emocional”,

y aunque ni así se consiga tal cosa, es verdad que se mejora mucho el bienestar económico de dichas empresas). Se aproxima a lo que los franceses llaman "petite santé", una especie de umbral por debajo del cual la vida se convierte en difícil de gestionar con dignidad. Una definición de este tipo nos aleja de los procesos crecientes de medicalización, que justamente se aprovechan de las definiciones maximalistas. Cuando la medicina se ocupaba de la enfermedad, podía tener más o menos pacientes según los tiempos y los lugares, pero desde que se ocupa de la salud no hay quien se libre de caer en sus garras, porque todo el mundo tiene un poco.

2. En este contexto, la enfermedad consistiría en una serie de fallas más o menos graves o bien físicas o bien psíquicas o bien económico-sociales (frecuentemente interrelacionadas las tres). ¿Cree que la medicina practicada habitual y oficialmente en occidente aborda de forma satisfactoria la prevención y tratamiento de la enfermedad en todos estos sentidos?

Yo respondería estas dos cosas. Primera: aunque seguramente esto ocurre de diferentes maneras en todas partes, por hablar de lo que conozco mejor tengo que decir que en nuestras sociedades hay claramente un uso político de la salud y la enfermedad (estrechamente relacionado con el uso político de la seguridad, y ambos entrelazados en ese tipo de política cuyo principal resorte es el miedo, si es que hay alguna otra clase de política). Soy partidario del llamado "Estado del bienestar" o "Estado

social de derecho" (tendría que ser muy cínico para no serlo), y por tanto defiende que el Estado proteja a los ciudadanos más desfavorecidos contra las desdichas de origen social, natural, económico, etc. Ahora bien, un Estado que (aunque sea implícitamente) juega a prometer a sus súbditos una "seguridad total" o una "salud total", es decir, que juega a ofrecer protección garantizada contra el sufrimiento y la muerte (es decir, contra el mal en cualquiera de sus formas) es claramente un Estado que ha violado la frontera de aquello con lo que es lícito operar políticamente, como la violó el tirano Creonte impidiendo a Antígona que diera sepultura a uno de sus hermanos, y este tipo de promesa está en el germen de todos los totalitarismos. Segunda: una manera de evitar este tipo de "confusiones" es delimitar exactamente los campos; un enfermo no es un pobre ni un delincuente ni un pecador, necesita un médico que alivie sus padecimientos hasta donde esto sea posible. Pero igual que sería inútil y ridículo enviarle un subsidio, un policía, un juez o un sacerdote a quien se retuerce ante los rigores de un cólico nefrítico, lo es también enviarle un policía a quien simplemente necesita un subsidio que le saque de la miseria, o un médico a quien necesita un cura que medie ante Dios por la salvación de su alma. Ya sé que a menudo las cosas van unidas, pero, a pesar del éxito alcanzado en los últimos cien años por los medicamentos "de amplio espectro", siempre que sea posible es recomendable atacar las causas para erradicar o mitigar los efectos.

3. Ante la evidencia del recurso, no sólo actual porque siempre existieron los brujos, pero creciente según nuestra percepción, de capas importantes de la población a formas de medicina alternativa a la habitual que, en algunos casos, recogen una sabiduría tradicional ignorada por la medicina oficial y, en otros y de forma mayoritaria, creencias con componentes más o menos mágicos (desde la astrología a las aguas milagrosas) ¿cuándo y por qué cree usted que aparece la necesidad de la magia en los humanos?

Decir cuándo con exactitud siempre es difícil, pero desde luego aparece muy pronto. Y aparece como un medio para disminuir o eliminar la extrañeza de todo lo que no es como nosotros o como nosotros quisiéramos que fuera, asimilándonoslo imaginariamente, a menudo haciendo uso de la palabra para exorcizar la alteridad de la naturaleza fuera de nosotros o en nosotros mismos. En general toleramos mal que haya algo fuera de nosotros (y aún peor en nosotros mismos) que no dependa de nosotros, que no nos obedezca y de lo que sin embargo tengamos nosotros que depender para muchas cosas. Y esa es exactamente la definición de "naturaleza".

Fingiendo que tenemos algún poder sobre ella hacemos disminuir nuestro sentimiento de amenaza. Es posible que fuera ya este el sentido de aquello tan bíblico que contaba Bob Dylan de que "el hombre puso nombre a todos los animales", seguramente para conjurar el miedo que sentía

ante ellos mucho antes de estar en condiciones de combatirlos o neutralizarlos, como luego hemos hecho utilizando nombres propios para nuestros animales "domésticos", ya sean periquitos o panteras, y como hoy hacemos aún escribiendo en un buscador de Internet algún término exótico para nosotros, como "Sri-Lanka" o "disglobulinemia", y quedándonos tan tranquilos cuando leemos que podemos descargar 127.000.000 de resultados en el primer caso y 1.350 en el segundo, aunque nuestro "poder" sobre ambas cosas sea sólo aparente y en ninguno de los dos casos haya aumentado nuestro conocimiento sobre el significado de esas palabras.

Está claro que lo que llamamos "ciencia", o saber en el sentido superior de la palabra, sólo puede comenzar cuando dejamos de querer operar sobre las cosas, asimilárnoslas eliminando su alteridad, su irreductibilidad, y empezamos únicamente a querer conocerlas (a pesar de que su verdad no siempre nos sea propicia), para lo cual el primer paso es, por supuesto, reconocer su inasimilabilidad a nosotros, su extrañeza. Yo diría que quienes hoy venden ese tipo de tratamientos "mágicos" (que raramente se ofrecen como alternativos a la medicina propiamente dicha, sino únicamente como "complementos espirituales" de la misma, o como sucedáneos de ella para quienes no pueden permitírsela por razones económicas) explotan este mismo filón: una ciencia como la medicina (en la medida en que está obligada a preservar la alteridad de su objeto como condición



PSYCHOBX

preface by
**JONATHAN
MILLER**

**A BOX OF PSYCHOLOGICAL GAMES
EDITED BY MEL GOODING**

Patrick Hughes.
Chicago Seen, 2004.
www.patrichughes.co.uk

para su conocimiento) nunca es capaz de satisfacer del todo nuestras ansias de dominar lo ajeno y eliminar su diferencia mediante una asimilación imaginaria, y si la medicina se ha convertido en buena medida en mercancía, la magia también lo ha hecho beneficiándose de esa "necesidad emocional". No siempre es justo decir que la medicina oficial "ignora" la sabiduría tradicional, o al menos es igual de justo que decir que la sabiduría tradicional o la magia ignoran la anatomía patológica o que la química ignora la alquimia. Se trata de cosas radicalmente distintas, aunque puedan coexistir y ocasionalmente aprender una de otra.

4. La modernidad ha terminado en gran parte con el componente social o comunitario para abordar la enfermedad, la muerte y tantas otras cuestiones importantes y ha dejado al individuo a la intemperie, más sólo que nunca ante sí mismo y sus problemas. ¿Puede este hecho alimentar una angustia honda que empuje al individuo a una búsqueda desesperada de soluciones por cualquier camino, por mínimamente creíble que sea?

Sin duda alguna. Esta desnudez que hoy experimentamos cuando falta del todo o empieza a escasear la "pequeña salud" de la que hablábamos al principio es la que justamente venían a atenuar los ritos y ceremonias de condolencia y duelo. A diferencia de la "magia" de la que acabamos de hablar, aquí no se trata de intentar calmar el miedo fingiendo que se

domina lo que no se conoce (porque ni siquiera se respeta su alteridad), aquí se trata de que, cuando ya la medicina nada tiene que hacer, la comunidad acude en ayuda del desdichado, no para evitar su dolor o su muerte -pues nadie puede ya evitarlos-, sino simplemente para recordarle al doliente o a sus deudos que no son los primeros que han pasado por eso, que su dolor es compartido por muchas otras personas que lo han padecido antes que ellos y de cuyo llanto pueden aprender a llorar sus propios males, a expresarlos formalmente como medio de desahogo ante lo ineludible.

Lo que sucede es que cuando en verdad falta la comunidad, estas otras "comunidades sustitutivas" que se ofrecen como remedio, en lugar de salvar a quien se agarra a ellas de su penuria, se diría que la agravan poniendo dramáticamente de manifiesto esa carencia.

5. El mercado ¿encuentra así una veta excelente de comercialización masiva de 'productos' de salud?

Sí, pero nótese que para que pueda llamarse a esos productos (que trafican con el consuelo espiritual) "de salud", es preciso haber cometido el error, contra el que antes protesté, de confundir con una "enfermedad" lo que en realidad no lo es (pues se trata de una carencia social). Es muy propio de nuestro tiempo el padecer no-enfermedades que se tratan con no-medicamentos expedidos por no-médicos para no-enfermos.



6. Hay culturas que no separan cuerpo y espíritu, el cuidado somático del subjetivo. ¿Hasta qué punto la filosofía "occidental" ha influido en la posición dualista que caracteriza la nuestra?

Soy algo escéptico frente a este tipo de planteamientos. Es verdad que la filosofía occidental es poderosamente dualista, no sólo ni principalmente por lo que respecta al cuerpo y el alma, sino en la medida en que nuestro pensamiento es enteramente dicotómico (potencia-acto, materia-forma, esencia-existencia, posibilidad-realidad, verdad-falsedad, movimiento-reposo, ser-nada, etc., etc., etc.). Pero yo creo que las dicotomías son —aunque no solamente sean eso— expresión de una conciencia de la finitud (sólo seres inmortales serían capaces de "superar" esas dicotomías), y en esa medida he aprendido también a desconfiar de quienes me ofrecen una presunta "superación de la dicotomía". Seguramente tengo demasiados prejuicios filosóficos.

7. Parece un hecho que nuestras sociedades fomentan una búsqueda exagerada de identidad individual ¿puede el nacionalismo étnico o los manuales de autoayuda jugar un papel preventivo de la enfermedad?

Es un hecho que nuestras sociedades nos enfrentan una y otra vez a esta contradicción: por una parte, fomentan como ninguna anterior lo hizo la búsqueda del propio destino individual, pero por otra parte nos retiran aquello mismo —la comunidad— en cuyo contexto puede únicamente encontrarse ese destino, condenando la búsqueda a la anomia, la indefinición y la desorientación, además

de a la imposibilidad de terminar nunca. El Nacionalismo o los manuales de autoayuda, ¿pueden mitigar esa desorientación? Recordando mi respuesta a una pregunta anterior, yo diría que cuando falta la comunidad el nacionalismo étnico o los manuales de autoayuda (creo que el primero es políticamente más peligroso que los segundos, pero puede ser que mi desconocimiento del tema me aconseje mal en este punto), obviamente, proporcionan un cierto sentimiento de seguridad, una cierta sensación de comunidad o de orientación, pero es igual de obvio que se trata de una sensación pasajera, de una seudocomunidad enloquecida y de una seguridad efímera, es decir, que más que resolver la carencia de comunidad lo que hacen es ponerla fatalmente de manifiesto y mostrar espectacularmente las posibles consecuencias de esa falta. Dicho lo cual hay también que recordar —para evitar imágenes idílicas de las sociedades tradicionales— que aquellas sociedades en las que la comunidad estaba plenamente vigente, y "permitía" a cada cual encontrar su destino sin necesidad de hacer espeleología en los recovecos de su alma, no era precisamente el paraíso terrenal.

8. ¿Cual es el papel hoy de la filosofía? ¿Qué papel juegan lo que usted llama franquicias patrias de las multinacionales de la industria de la inteligencia emocional? ¿O ese subgénero filosófico con remedios para el buen vivir, como algunos textos de Alain Botton?

La pregunta de la filosofía, ahora como siempre, es la pregunta sobre cómo hay que vivir la vida. Pero la diferencia específica de la filosofía

con respecto a esas franquicias a las que me he referido alguna vez o a los remedios para la buena vida -que una cierta clase media que aspira a una sofisticación cultural prefiere a la "magia" más proletaria o barriobajera de la que antes hablamos- es que la filosofía no da respuestas de ese tipo, o si las da -como podría parecer que es el caso de Tito Lucrecia Caro o de Schopenhauer, por ejemplo- lo hace después de casi mil trescientos versos de Física atómica Sobre la naturaleza de las cosas o de dos gruesos volúmenes de metafísica sobre El mundo como voluntad y representación sin los cuales las respuestas a penas tienen relevancia. Escritores de manuales de buena vida los ha habido siempre, como siempre ha habido gente que se ha creído autorizada a decirles a los demás cómo deben vivir. La filosofía enseña a preguntar esa pregunta, a convertir la experiencia de vida en un apasionante problema prácti-

co y teórico, pero no es un prontuario de respuestas, y para evitar que nadie la confunda con ello escriben sus representantes obras disuasorias -disuasorias para quien ande buscando recetas rápidas y sencillas para problemas urgentes- como la Crítica de la razón pura, las Meditaciones metafísicas, la Ciencia de la Lógica, Así habló Zaratustra o la Ética a Nicómaco. Pero toda la dificultad de estas obras, que sin duda la tienen, no consiste en la complejidad de sus aspectos técnicos o de sus vocabularios específicos, sino que es la dificultad de aprender a preguntar sin esperar una respuesta consoladora, eficaz, inmediatamente rentable, la dificultad de aprender a escuchar la verdad y a querer la libertad. Es un papel -el de la filosofía, digo, más papelín que papelón- discreto y humilde (aunque nada modesto), pero que nadie más que ella puede desempeñar.